

RESUMEN DE PRENSA

COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

Anteriores *Comentarios de actualidad* se han referido siempre, sistemáticamente, en estas páginas, a temas relacionados de forma inmediata con el estado o la evolución de la economía, casi siempre europea o mundial.

Esta vez, sin embargo, la aparición en *International Herald Tribune* de fecha 6 de diciembre de un artículo particularmente sugestivo, ha motivado que, sin que sirva de precedente, este *Comentario* consista en la simple transcripción de dicho artículo. Este se titulaba “Lo que Kennedy habría hecho” (*What would JFK have done*). El contenido del artículo es de naturaleza político —estratégica, aunque sus sugerencias podrían tener sin duda notables repercusiones económicas para el equilibrio de la economía global. En cualquier caso, el artículo invita a la reflexión.

Los autores del mismo son Theodore C. Sorensen y Arthur Schlesinger Jr. El primero fue “asesor especial” del presidente Kennedy. El segundo, ilustre historiador, fue *special assistant* de este dignatario.

He ahí el artículo: ¿Qué es lo que nosotros, los norteamericanos, no oímos del presidente George W. Bush cuando éste habló en la Naval Academy de EE.UU. sobre su estrategia para la victoria en Irak?

No oímos que la Guerra de Irak —que es ya una de las más costosas de la historia de Norteamérica— constituye una llaga abierta. No oímos que se ha cobrado ya más de 2.000 preciosas vidas norteamericanas y numerosísimas vidas iraquíes que no contamos.

Estados Unidos no puede soportar este tipo de desgaste sin fin y sin sentido, toda vez que se trata de una misión militar y política mal justificada.

Si nos retiramos enseguida, dijo el actual presidente, la catástrofe puede ser mayúscula. ¿Pero qué decir de la catástrofe que estamos prolongando y empeorando con nuestra continuada presencia, incluyendo nuestro continuo e imperdonable maltrato de los detenidos?

El hoy presidente dice que deberíamos respaldar a nuestras tropas en las presentes circunstancias. ¿Pero quien se muestra más dispuesto a apoyar a nuestras tropas que los que propugnan su regreso —sanas y salvas— a sus casas?

La responsabilidad para el diseño de un plan de regreso corresponde, principalmente, no a los que se han opuesto y se oponen a la guerra, sino a un presidente que montó una invasión sin las tropas necesarias para controlar las fronteras y los arsenales de Irak, sin los suficientes blindados para proteger a nuestras fuerzas, sin el adecuado soporte aliado y sin los planes apropiados, bien para garantizar la ocupación, bien para proceder a una salida airosa.

Al oír el discurso de Bush, nuestros pensamientos retrocedieron cuatro décadas y fijaron su atención en otro presidente: John F. Kennedy. En 1963, el último año de su vida, vimos desde la primera fila como intentó desentrañar cual podía ser la manera de sacar a los expertos militares e instructores norteamericanos de Vietnam.

De una manera muy propia de Kennedy, éste se estiró en su mecedora del Oval Office de la Casa Blanca, y expuso sus opciones para criticarlas seguidamente.

¿Rechazar el anterior compromiso de Eisenhower —que Kennedy había apoyado inicialmente— de enviar a Vietnam del Sur instructores y asesores militares norteamericanos?

No. Kennedy sabía que los norteamericanos no le permitirían hacerlo.

¿Americanizar la guerra civil vietnamita como recomendaban los militares y llevó a cabo su sucesor Lyndon Johnson, enviando tropas de Estados Unidos?

No. La experiencia de Cuba y de otras partes demostraba que los conflictos de naturaleza política no pueden ser resueltos con soluciones militares. Kennedy sabía que Estados Unidos no podía vencer en una lucha contra el pueblo vietnamita determinado a expulsar, por fin, a las tropas de un país extranjero.

¿Proclamar “la victoria y salir”, como George Aiken, senador republicano por Vermont, sugeriría años más tarde?

No. En 1963, en Vietnam, a pesar de las seguridades dadas por los generales con mando en aquel país, nada tenía visos de “victoria”, como la tenía en 2004 la situación en Irak, cuando el actual presidente anunció que “la misión ha sido cumplida” en un famoso discurso pronunciado en la cubierta de un portaviones.

¿Se podía explorar —como prefería siempre Kennedy— una solución negociada?

No. El entonces presidente no conseguía identificar en las filas del desorganizado Vietcong a un líder capaz de negociar de manera responsable una retirada negociada.

Al final Kennedy pareció entender que la salida del Vietnam era una solución viable. Desde la primavera de 1963, el presidente empezó a articular una estrategia de salida de tres partes, pero su asesinato no hizo posible seguirla. Los tres componentes de la retirada preconizada por Kennedy —que podría convenir en el caso de Irak después de que se aprobara la nueva Constitución y de las próximas elecciones— podría resumirse de la siguiente manera:

— Dejar claro que nuestro propósito es retirarnos de Vietnam. En una conferencia de prensa de 14 de noviembre de 1963, Kennedy, en este contexto, se expresó así: “Ese es nuestro objetivo. Traer

a casa de todos los militares norteamericanos que hay en Vietnam”.

— Requerir una invitación para que nos vayamos. Acuérdesse con el gobierno de aquel país las fases de la retirada, cosa que no sería difícil de conseguir en Irak, en especial después de que los gobernantes de este país pidieran el pasado mes la retirada de las tropas extranjeras. En una conferencia de prensa de mayo de 1963 Kennedy declaró que si el gobierno de Vietnam del Sur lo sugería, “nosotros pondríamos enseguida camino de casa a los asesores e instructores militares norteamericanos”.

— Repatriar gradualmente a nuestras tropas. El regreso tendría lugar a lo largo de un período que sería hecho público, empezando inmediatamente, aunque intensificando la preparación de las fuerzas de seguridad locales. En octubre de 1963, Kennedy dijo: “Esperamos disminuir antes de fin de año el número de militares norteamericanos actualmente destinados en Vietnam”.

Kennedy no disponía de garantía alguna de que alguno de esos tres componentes de su plan fuera a ser aceptado, pero un plan de repatriación sería mejor que la ausencia de todo plan.

Si Norteamérica deja Irak a petición de sus gobernantes, la vuelta a casa de nuestras tropas no será ni un abandono ni una retirada. Los iraquíes respetuosos con la ley puede que sean víctimas de más violencia, de cierta balcanización y de incursiones de extranjeros; pero es probable que deban hacer frente a más violencia, a más balcanización y a más incursiones de gentes de fuera si seguimos allí.

Una vez que las tropas de Estados Unidos estén fuera de Irak, la gente de todo el mundo celebrará que hayamos recuperado el sentido común. Y lo que es más importantes aún, los muertos norteamericanos disminuirán y la pérdida de credibilidad de Estados Unidos será menor.

En un memorando para Kennedy, unos tres meses después de la toma de posesión de éste, uno de nosotros escribió a propósito de Vietnam. “No hay ejemplo más claro de que un país no puede salvarse si no se salva a sí mismo”. Hoy, Irak es todavía un ejemplo mejor.